

Por qué Ceuta y Melilla son españolas: la geografía de una frontera única

No son tantos los lugares en el mundo donde geografía y política se entrelazan con tanta intensidad como en Ceuta y Melilla. Son ciudades españolas situadas en África. Forman parte de la Unión Europea, utilizan el euro, sus habitantes eligen representantes en las Cortes Generales y la frontera que las rodea es, al mismo tiempo, una frontera española, europea y africana.

Pese a ello, Marruecos considera que ambas ciudades son territorios ocupados y reclama su soberanía. La tensión reaparece periódicamente, ya sea a través de crisis diplomáticas, episodios migratorios, como el más reciente vivido en el verano de 2026, o declaraciones políticas. Pero ¿por qué dos ciudades situadas en el norte de África llevan más de cinco siglos formando parte de España?

Ceuta y Melilla son la consecuencia de un espacio geográfico extraordinario: el estrecho de Gibraltar. Quien controla sus orillas controla uno de los corredores marítimos más importantes del planeta. Así ha sido desde la Antigüedad y así continúa siendo en pleno siglo XXI.

Por ello, comprender el origen de estas ciudades implica recorrer más de seiscientos años de historia, pero también entender cómo el relieve, el mar y las rutas comerciales han condicionado las decisiones de imperios, reinos y Estados modernos.

Enclaves estratégicos en el estrecho de Gibraltar

Ceuta y Melilla se enmarcan en una de las posiciones geográficas más estratégicas del planeta. Es uno de los puntos estratégicos clave del planeta. El estrecho de Gibraltar apenas alcanza catorce kilómetros en su punto más angosto y es la única conexión natural entre el océano Atlántico y el mar Mediterráneo. Por él transitan cada año decenas de miles de buques que enlazan Europa con Asia, Oriente Medio y África. Desde hace milenios constituye uno de los grandes puntos de paso del comercio mundial.

Esta condición ha convertido sus orillas en un espacio muy codiciado desde la Antigüedad. No es extraño que fenicios, cartagineses, romanos, bizantinos, musulmanes, portugueses y británicos, además de los españoles, hayan buscado controlar, a lo largo de distintos momentos de la historia, alguno de los enclaves que dominan este paso marítimo.

Tampoco es casualidad que el Reino Unido conserve Gibraltar, que España mantenga Ceuta y Melilla y que Marruecos considere estas ciudades una prioridad estratégica. La lógica geográfica sigue siendo la misma que hace quinientos años. Siempre ha sido decisivo quién controla las puertas del Mediterráneo.

Melilla llegó a Castilla cuando Marruecos todavía no existía

Hay que remarcar que la incorporación de Ceuta y Melilla a la Corona española es muy anterior a la creación del actual Estado marroquí. En el caso de Melilla, pasó a depender de la Corona de Castilla en 1497, apenas cinco años después de la conquista de Granada y en plena expansión

mediterránea de los Reyes Católicos. La expedición, organizada por el duque de Medina Sidonia, encontró una ciudad prácticamente abandonada.

Los castellanos ocuparon un enclave que llevaba años sumido en la decadencia. Las luchas entre los wattasíes de Fez y los zayyaníes de Tremecén habían debilitado el control efectivo sobre la ciudad hasta convertirla en un espacio casi deshabitado. La operación respondió más a la ocupación de un vacío de poder que a la conquista de un territorio administrado de manera estable.

La motivación tampoco era exclusivamente militar. Castilla buscaba impedir que la costa norteafricana se convirtiera en una base desde la que corsarios y potencias rivales amenazaran las rutas comerciales y las costas andaluzas. Controlar algunos puertos africanos significaba ampliar la profundidad defensiva de la Península.

Aquel movimiento formaba parte de una estrategia mediterránea mucho más amplia que también llevó a la Corona a establecer posiciones en Orán, Bugía o Trípoli (1509-1510). Esas plazas terminarían perdiéndose con el tiempo. Melilla, sin embargo, permanecería bajo soberanía española hasta nuestros días.

Ceuta fue primero portuguesa

La historia de la ciudad Ceuta se remonta a antiguo, desde tiempos bizantinos. En 1415, el Reino de Portugal lanzó una expedición militar que conquistó la ciudad al sultanato de Fez. Aquella operación suele considerarse el inicio de la expansión ultramarina portuguesa.

Para Portugal, Ceuta constituía un magnífico observatorio sobre el referido punto estratégico del estrecho de Gibraltar. También un interesante punto de partida para controlar las rutas comerciales que unían el Mediterráneo con el Atlántico y el África occidental. Así, durante casi dos siglos la ciudad permaneció bajo soberanía portuguesa hasta 1580.

Ese año, Felipe II heredó la Corona portuguesa tras la crisis dinástica del reino luso y nació la llamada Unión Ibérica. Durante sesenta años, España y Portugal compartieron monarca. Con esa unión, Ceuta pasó a integrarse en la misma monarquía que por entonces gobernaba Castilla, Aragón, Nápoles, Flandes o los territorios americanos recién descubiertos.

La separación llegó en 1640, cuando Portugal recuperó su independencia tras la Guerra de Restauración. Sin embargo, Ceuta tomó una decisión que marcaría su futuro: permanecer bajo soberanía de la Monarquía Hispánica.

No fue una imposición militar, sino que fueron los habitantes locales quienes optaron por mantener sus vínculos con España. Y lo hicieron en oposición al que por entonces era gobernador de la ciudad, el portugués Francisco de Almeida.

Felipe IV recompensó esa fidelidad concediendo a Ceuta el título de «Fidelísima» y reconociendo a sus habitantes la condición de naturales de Castilla. Décadas después, el Tratado de Lisboa de 1668, que puso fin definitivamente al conflicto entre España y Portugal, reconoció internacionalmente la soberanía española sobre la ciudad. Desde entonces, Ceuta ha permanecido ininterrumpidamente integrada en España.

¿Por qué Marruecos sigue reclamando Ceuta y Melilla?

Cinco siglos después de su incorporación a España, Ceuta y Melilla siguen siendo objeto de una disputa diplomática que parece no tener solución a corto plazo. Para Marruecos representan los últimos vestigios del colonialismo europeo en el norte de África. Para España son dos ciudades tan españolas como lo pueden ser Cádiz, Málaga o Zaragoza.

Marruecos sostiene que resulta difícil justificar que dos ciudades situadas en el continente africano permanezcan bajo soberanía europea en pleno siglo XXI. Desde Rabat se apela a la continuidad geográfica y a la lógica de la descolonización. A su entender, del mismo modo que desaparecieron los protectorados y las colonias europeas en África durante el siglo XX, Ceuta y Melilla deberían integrarse algún día en el Estado marroquí.

Sin embargo, la posición española parte de una premisa muy distinta: ni Ceuta ni Melilla son colonias. Cuando Marruecos obtuvo su independencia de Francia y España en 1956 ambas ciudades ya formaban parte del territorio español, como hemos visto desde hacía siglos. Ni Ceuta ni Melilla estaban integradas en el Protectorado español que se estableció posteriormente, en 1912, sino que constituían territorio metropolitano con administración propia.

Y esto es porque eran españolas, como hemos visto, incluso mucho antes de la creación del reino alauí que actualmente sigue dirigiendo el país, que no llegó al poder hasta 1666. Por entonces, Melilla llevaba casi ciento setenta años bajo soberanía castellana y Ceuta ya había decidido permanecer unida a la Monarquía Hispánica.

Por eso el debate no gira únicamente en torno a la proximidad geográfica. También intervienen la continuidad histórica, la administración efectiva del territorio y, sobre todo, la voluntad de sus habitantes.

Lo que dice el derecho internacional

En ocasiones se simplifica la discusión afirmando que Ceuta y Melilla son españolas porque llevan mucho tiempo siéndolo. El derecho internacional utiliza el concepto de la posesión efectiva y continuada. Un territorio cuya administración se ejerce de forma estable durante siglos, con instituciones propias, población permanente y reconocimiento internacional, consolida jurídicamente su soberanía. Es lo que los juristas denominan «prescripción adquisitiva».

A ello se suma otro elemento decisivo: la autodeterminación. Los habitantes de Ceuta y Melilla poseen la nacionalidad española, participan en las elecciones generales, autonómicas y municipales y nunca han expresado de forma mayoritaria el deseo de abandonar España. En el derecho internacional contemporáneo, la voluntad de la población constituye un criterio esencial para cualquier proceso de descolonización o cambio de soberanía.

Eso explica por qué la comunidad internacional no considere ambas ciudades territorios pendientes de descolonización, como sí ocurrió con numerosos enclaves coloniales durante el siglo XX. Por ello, más allá de la retórica política, la cuestión permanece prácticamente congelada desde hace décadas.

Una frontera convertida en herramienta geopolítica

La disputa, sin embargo, no se libra únicamente en el terreno diplomático. Desde hace años Marruecos utiliza el control de los flujos migratorios como uno de los principales instrumentos de presión en su relación con España y con la Unión Europea.

La colaboración de las fuerzas de seguridad marroquíes resulta fundamental para controlar una de las fronteras exteriores de la UE. Cuando las relaciones bilaterales atraviesan momentos de tensión, esa cooperación puede relajarse, como ocurrió durante la crisis migratoria de Ceuta en mayo de 2021, cuando miles de personas cruzaron la frontera en apenas unas horas. Todo apunta a que esta relajación ha vuelto a ocurrir en la crisis migratoria de 2026, en la que de nuevo miles de personas han vuelto a cruzar a España, en muchos de los casos a nado, en cuestión de horas.

La inmigración, la lucha contra el terrorismo, el narcotráfico o el control del Estrecho forman parte de una misma ecuación geopolítica. Ceuta y Melilla son mucho más que dos ciudades fronterizas. Constituyen uno de los puntos donde confluyen algunos de los principales desafíos estratégicos del Mediterráneo occidental.

A ello se suma un nuevo factor: la creciente proyección internacional de Marruecos. Durante las últimas décadas el país ha reforzado su economía, ha modernizado sus Fuerzas Armadas y ha estrechado sus relaciones con Estados Unidos, la Unión Europea y diversos países africanos. Esa mayor capacidad diplomática explica que la cuestión de Ceuta y Melilla siga formando parte de su agenda exterior.

La geografía sigue escribiendo la historia

Existe una tentación frecuente cuando se habla de Ceuta y Melilla: pensar que todo depende de los tratados, de las decisiones de los gobiernos o de las coyunturas diplomáticas. Pero basta observar un mapa para comprender que el origen del problema es mucho más profundo.

Desde hace más de dos mil años, el estrecho de Gibraltar constituye uno de los grandes corredores del comercio mundial. Son muchas las civilizaciones que han competido por controlar sus orillas porque quien domina este paso posee una ventaja estratégica excepcional entre el Atlántico y el Mediterráneo.

Los imperios han cambiado. Las fronteras también. Sin embargo, el estrecho continúa exactamente en el mismo lugar. Por eso Ceuta y Melilla siguen siendo relevantes cinco siglos después de su incorporación a España: por su posición geográfica extraordinaria. Hay lugares cuya posición condiciona durante siglos las decisiones de los Estados. Ceuta y Melilla son uno de ellos.